

# Ópera: *Un ballo in maschera* De Giuseppe Verdi

**Magda Ruggeri Marchetti**

Director musical: Jesús López Cobo. Director de escena: Mario Martone. Intérpretes: Marcelo Álvarez, Violeta Urmana, Ludovic Tézier, Elena Zarembo, Alessandra Marianelli, Borja Quiza, Miguel Sola, Scott Wilde. Escenógrafo: Sergio Tramonti. Coreógrafo: Duncan Macfarland. Figurinista: Bruno Schwengl. Iluminador: David Harvey. Director del coro: Peter Burian. Coro y Orquesta Titular del Teatro Real. Teatro Real, Madrid, 28 de Septiembre de 2008.

Un ballo in maschera, sobre libreto de Antonio Somma, basado en el texto de Augustin Eugène Scribe, se estrenó en el Teatro Apollo de Roma el 17 de Febrero de 1859. El texto tuvo muchos problemas con la censura, porque el protagonista era Gustavo III rey de Suecia y, tanto en Nápoles como en Roma, exigían cambios que Verdi no aceptó. Al final accedió a las peticiones de la censura romana trasladando la acción a Boston y sustituyendo al rey Gustavo con el conde Ricardo de Warwick, gobernador de Massachussetts. Los temas fundamentales de la ópera son la fidelidad de los súbditos, la alevosía de un grupo de conjurados, el amor prohibido del conde por la mujer de su fiel secre-

tario, Renato, y todos se encuentran ya en el preludio. En la partitura están perfectamente fundidas la experiencia francesa, en especial del grand-opéra, con la tradición italiana a través de la búsqueda de una manera distinta de componer y con el recurso al leitmotiv.

Esta nueva producción del Teatro Real, en coproducción con la Royal Opera House, Covent Garden, de Londres, nos ofrece un equipo artístico y un reparto de verdadero lujo. El director Mario Martone ha trasladado la acción a la época verdiana y ha sabido resaltar la compleja y ambigua personalidad de los protagonistas, que muy a menudo parecen contradecirse. Ricardo aparece como un soberano justo,



■ *Un ballo in maschera*, de Giuseppe Verdi. Dirección musical: Jesús López Cobo. Teatro Real, Madrid, 28 de septiembre de 2008 (Teatro Real.)

brillante y alegre, pero su imposible amor por Amelia le entristece a veces. Esta antinomia es el hilo conductor de la obra que

mezcla continuamente tragedia y alegría, pasión y renuncia, amor y muerte, perfectamente captados por Martone en todas

sus dimensiones. Los tétricos trajes de los conjurados, siempre de negro, contrastan con el alegre vestuario de las señoras, la jovialidad de los súbditos que acompañan a Ricardo, con el ambiente tenebroso del antro de la bruja, y la terrible profecía con la ironía e incredulidad del Conde. Muy acertada la escenografía de ruinas del patíbulo, que parece presagiar el destino de renuncia y muerte a pesar del intenso encuentro amoroso que allí tiene lugar. Magnífica la escena final que, con un original y llamativo juego de espejos, refleja las duplicidades de toda la ópera. El fondo está ocupado completamente por un inmenso espejo, vertical en un primer momento, que devuelve en profundidad la imagen del patio de butacas y palcos. Después, con un espectacular vuelco de cuarenta y cinco grados, nos permite ver en planta el escenario, que aparece dividido en tres zonas, con la central a un nivel inferior, más iluminada y en tonos rojos. En todas hay invitados que danzan y otros que suben y bajan por la escalera que las comunica.

El espectador tiene dos perspectivas simultáneas del espacio escénico, la horizontal habitual y otra a vista de pájaro, disfrutando de un raro y espléndido espectáculo visual.

Jesús López Cobo conduce la orquesta con maestría, como siempre, ya desde el preludio donde resalta los temas de la obra con el lúgubre staccato, el pausado himno coral, el apasionado tema del amor

y subraya la coexistencia de la intensidad dramática con la ironía y la brillantez. En efecto la frivolidad y la ligereza son en esta partitura un contrapunto esencial a la tragedia y a las pasiones. El maestro se mostró especialmente inspirado en el II acto y en el concertato final.

El reparto de cantantes es de gran altura. Violeta Urmana en plena forma en el papel de Amelia, con su espléndida voz, clara en el agudo, estuvo magnífica en el dúo del II acto y en sus arias, suscitando a menudo ovaciones y aplausos. En especial señalamos «Morrò, ma prima in grazia» donde expresa toda su emoción. El tenor Marcelo Álvarez encarnó a un Ricardo lleno de matices con una voz, un fraseo y una musicalidad perfectos, tocando la cumbre en los dúos con Amelia. El barítono Ludovic Tézier (Renato) substituyó sin desmerecimiento alguno a Carlos Álvarez, aquejado de una afección vocal, demostró dominio de la escena y lució toda la potencia de su voz suscitando aplausos en plena función. Elena Zaremba representó a la maga Ulrica de manera inmejorable tanto con su caracterización como con su voz profunda y a veces cavernosa para ascender luego a agudos y enérgicos fraseos. Alessandra Marianelli ha desarrollado con elegancia y seguridad el papel de Oscar, briosa, vivaz y brillante en los floreos, demostrando agilidad y buenos recursos vocales. El Teatro Real puede estar orgulloso de esta magnífica apertura de la temporada.